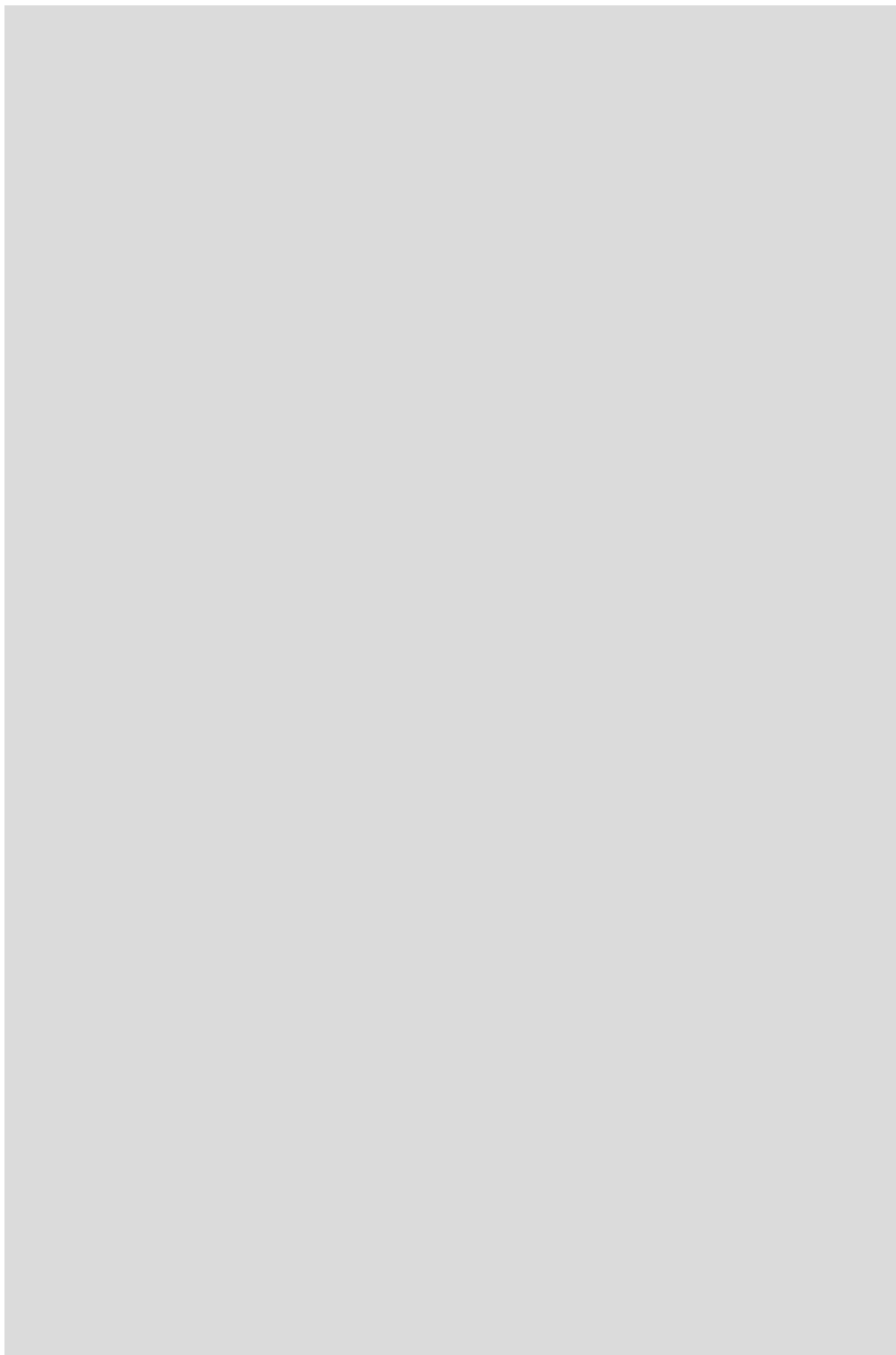


Fácil aprendizaje

luis antonio zebadua velasco



Capítulo 1

FACIL APRENDIZAJE O EL EXPERIMENTO DEL DOCTOR PEREZ

La habitación no era muy extensa, cuatro metros de ancho por seis de largo. Las paredes cubiertas con una capa antibacteriana de color blanco reflejante, que permitía con enorme facilidad la reflexión de la luz desde techo alto. Al centro, un conjunto de microfilamentos de aleaciones metálicas combinadas con nanotubos de cristal, conducían los rayos de sol desde la remota azotea, la iluminación era absoluta. La habitación se encontraba completamente aislada, carecía de ventanas, no obstante, la temperatura interior, agradable, oscilaba entre los veintidós y veinticinco grados centígrados, provocados por un dispositivo climático adherido a la puerta y de accionar automático apenas ingresaba persona al lugar

Era una de las de las múltiples habitaciones del gigantesco edificio de pruebas mentales, perteneciente al departamento de investigación educativa, sección que era el orgullo de una secretaria de educación que años antes caminaba en un rotundo dispar de la dialéctica imperante en el campo de la ciencia

Casi al centro de la habitación, el cómodo reposet en donde el aprendiz, como solían llamarle, al conejillo de indias el personal médico a manera de eufemismo, se sentaría de forma descansada, absorbiendo hasta la última letra de conocimiento, que le fuera lanzado a través de algún rayo. Frente al reposet, el ordenador y el proyector de ondas magnéticas que apuntaba justamente a la cabeza de la persona en cuestión.

Desde hacía algunos años, investigadores de la secretaria de educación se avocaban a la extenuante tarea de buscar un método de aprendizaje eficaz y que significara la desaparición del tedio provocado por la lectura, y revisión de numerosos libros, para apropiarse del conocimiento; además, que en una sociedad que vive muy de prisa, en una búsqueda incansable de procesos productivos, tal es así la nuestra, el sentarse a leer era una enorme pérdida de tiempo, bastaría simplemente de estar cinco minutos frente al proyector de ondas para adueñarse de los extensos títulos de toda una biblioteca.

El día lunes, día planeado escrupulosamente desde hacía meses, temprano como de costumbre, el cuerpo de investigadores, quien al frente se encontraba el doctor Bernardo Pérez, reconocido neurólogo, se daban a la tarea de inspeccionar el buen funcionamiento del equipo de proyección de ondas, después de darse a una búsqueda casi frenética y de esperar por largo tiempo, a un voluntario, que quisiese participar en las pruebas, se había aparecido un tal Tiburcio Fábregas, ex estudiante universitario que por su falta de impulso escolar había dejado trunca su carrera de ciencias demográficas. Tiburcio Fábregas, mejor conocido como el Fabre,

había escuchado casualmente el anuncio de las pruebas de lectura, y para liberarse de la presión ejercida por sus padres, por el hecho de abandonar los estudios, pensó que era una buena posibilidad de encontrar una forma que le reincorporara a la escuela, y esa era la razón que lo había encaminado hasta la puerta de aquel edificio de la secretaria de educación, y tratando de ser puntual, había llegado desde las siete de la mañana, aun cuando lo habían citado una hora después.

Días antes, el Fabre, había acudido a la entrevista solicitada, donde las preguntas giraban en torno a aprendizajes básicos, sobre todo de literatura, además de practicarse los estudios médicos requeridos, cuyos resultados demostraban su buena salud no obstante las parrandas de los últimos meses.

El vigilante de la entrada, hombre de al menos cuarenta años, de baja estatura y de mirada pétrea, lo dejó pasar no sin antes se identificara y diera a conocer a que parte del edificio se dirigía. Tiburcio, caminó por un largo pasillo en donde había puertas cerradas. El pasillo, a pesar de los nanotubos introductores de fotones, que le daban una excelente iluminación, lucía tétrico. Con paso lento ocasionado por la incertidumbre de no saber de qué se trataba el experimento, llegó a una puerta, que en sí, no tenía diferencia con las demás del edificio, pero se encontraba abierta. Ya en el umbral, lo detuvo la indecisión, el doctor Pérez sentado detrás de su mesa de trabajo, reparó en su llegada, y poniéndose de pie instantáneamente, le apareció una sonrisa en el rostro, y le dijo:

----Es un gusto verlo de nuevo joven,

----gracias doctor, contestó Tiburcio, balbuceante

Y sin quitar la sonrisa, el doctor preguntó

---se siente usted en condiciones para realizar la prueba?

----claro que si doctor, me siento estupendo

--- enseguida vendrá una enfermera para revisar sus signos vitales

A los pocos minutos, se apareció una enfermera de rostro moreno y serio, y con voz firme le pidió a Tiburcio que la siguiera. El Fabre fue conducido a una habitación aledaña a la sala de pruebas, a poca distancia, los seguía el doctor Pérez. Ya al interior, la enfermera, con un adusto gesto, le ordenó que se recostara en una camilla, vino entonces una segunda enfermera, se trataba de una mujer joven que parecía ser muy silenciosa, también vestida de blanco, sin emitir palabra, extrajo de algún punto de la pared, unos delgados tubos que en sus extremos tenían unas ventosas

que adhirió en diversos puntos de los brazos

Observó las líneas onduladas de diferentes colores, que aparecían en una pequeña pantalla que sostenía con la mano izquierda, y asintió afirmativamente con la cabeza, para después, con voz aguda mencionar un suave;

---todo bien doctor.

--No se vaya aun señorita, su presencia puede ser necesaria

Dijo el doctor Pérez, con su siempre amable voz

--- como usted diga doctor.

El Fabre, de propio pie, se dirigió a la habitación contigua, detrás de él, el doctor Pérez acompañado de dos médicos más y las enfermeras. Se sentó en el reposet y aun sin quererlo, aprecio en sus labios una sonrisa nerviosa

---trate de relajarse joven, menciono el doctor Pérez

Uno de los médicos asistentes se le acercó solicito

--- señor Fábregas, recordando los resultados de su entrevista, usted había elegido la temática de lectura, para este experimento, fuesen textos de orden policiaco, y por ello sugeríamos a algunos autores. Iniciaríamos pues con un autor que no solo escribió literatura policiaca, sino de otra índole también, pero de eso nos ocuparemos después. Como le decía señor Fábregas, hemos sugerido para el inicio un autor de apellido Poe, para luego seguir con el escritor Conan Doyle, tendríamos algunos textos de Chesterton y finalizamos esta etapa con un autor mexicano de nombre Rafael Bernal. Estamos de acuerdo señor Fábregas?

--- si doctor, estoy de acuerdo.

--- son las nueve de la mañana, vamos a iniciar, dijo el doctor Pérez, observando detenidamente su reloj, en realidad no veía la hora, sino pensaba en el tiempo que utilizarían para llevar acabo el lanzamiento del rayo.

Uno de los asistentes ajustó el proyector con dirección a la cabeza del Fabre, de inmediato pulsó las teclas del ordenador, el doctor Pérez no quitaba la vista de su reloj, luego con voz suave mencionó,

--- sesenta segundos, doctor, es suficiente.

El asistente al frente del ordenador pulsó de nueva cuenta las teclas y el imperceptible rayo de ondas electromagnéticas cesó. Vino la enfermera y de nueva cuenta, a través de la pequeña pantalla se percató de los signos vitales

---todo bien doctor Pérez, en perfecto estado

El doctor Pérez dirigiéndose al Tiburcio preguntó con voz amable aun cuando la sonrisa había desaparecido de sus labios

--- señor Fábregas, como se siente?

--- muy bien doctor, mejor que cuando empezamos

--- señor Fábregas, iniciaremos con la segunda fase de nuestro proyecto, vamos a trasladarnos a otra sala, por favor. ¿Señoritas enfermeras, nos acompañan por favor?

El grupo salió de la habitación y caminó por el pasillo hasta una habitación más grande que parecía ser una biblioteca, de igual forma las paredes contenían el adhesivo reflejante, y microfilamentos que arrastraban fotones desde algún punto lejano, irradiaban luz e iluminaban desde diferentes puntos. A un costado, se encontraban estanterías con libros y, alineadas de forma magistral, varias mesas con esponjosas y cómodas sillas ocupaban la estancia.

---señor, Fábregas,

dijo el doctor Pérez de forma pausada, como buscando palabras que mencionar

--hemos trasladado nuestra antigua biblioteca hasta este lugar, verás, se trata de una situación bastante sentimental, estos libros pertenecieron a algunos de mis grandes maestros.

Al decir esto, se detuvo por un instante, como rememorando la otrora juventud, y con su misma voz pausada prosiguió.

---Estos libros, señor Fábregas, pertenecieron a su vez a otras personas ya desaparecidas. Pero tome siendo en donde usted quiera. ¿Desea algún bocadillo o alguna bebida?

--- bebida por favor doctor, refresco de cola estaría bien, contestó con rapidez Tiburcio.

Al cabo de unos segundos, uno de los asistentes puso en la mesa frente a Tiburcio una botella de líquido rojizo, Tiburcio se la llevó a los labios y bebió con lentitud, luego dejó la botella en la mesa. El doctor Pérez y sus

asistentes le veían fijamente, tratando de observar algo anormal en él. Después de unos minutos que parecieron larguísimos, se percataron que todo seguía bien. Tiburcio sentía las miradas escudriñándolo, y una sensación de incomodidad le invadía desde los pies hasta la cabeza.

Se oyó la voz del doctor Pérez

---iniciaremos la segunda fase señores, dijo:

Ahora, Tiburcio era quien los veía atentamente, principalmente al doctor Pérez, éste, no parecía reflejar ninguna emoción, más bien parecía estático, con la mirada fija en la pantalla de su ordenador.

Sentados a la mesa, uno de los asistentes sacó de una carpeta algunos documentos y un bolígrafo, parecía seguir un protocolo previamente diseñado.

--señor Fábregas, dígame, que recuerda en este momento? Pregunto el asistente

Tiburcio que no esperaba pregunta alguna, sino comentarios o alguna explicación del evento se sintió desconcertado, y su desconcierto se transformó en tensión cuando se dio cuenta de que no lograba hilar sus pensamientos.

---déjeme pensar un momento doctor, mencionó con cierta preocupación.

Hizo una pausa y la alegría apareció en su semblante, y casi gritando, se dirigió al grupo que lo veía expectante

---lo veo claramente. Un hombrecillo diminuto que fuma una enorme pipa, creo que es un sacerdote se encuentra en el barrio chino de la ciudad de México. Pregunto a una muchacha, creo que es china, si, se llama Martita, le pregunta si sabe algo de las dos mujeres asesinadas en esta calle, la joven china menciona que las asesinaron con saña inaudita, incluso a una de ellas la quisieron introducir por la chimenea. De verdad, no se quien escribió esto, pero se ve a leguas que es un demente. Imagínense señores, un tal Filiberto García, envía sobres con semillas de naranja a un tal Holmes que se encuentra gravemente enfermo por la mordida de una serpiente, y lo atiende un doctor de nombre Watson, esa serpiente, la oculta en un baúl un tal Dupin.

Tiburcio se quedó callado un momento, luego pregunto.

---Que tal doctor?, lo dije bien?

El doctor Pérez veía hacia un punto indeterminado de la mesa, después de

un corto silencio miro a Tiburcio, y paternalmente le dijo

--- mire joven, lo hizo usted excelente, tomará un descanso de una semana, y el lunes de vuelta lo esperamos por aquí. Y si se siente mal de salud, o por cualquier razón, no dude en acudir con nosotros.

Tiburcio se levantó lentamente de su asiento, se despidió de mano uno a uno, y con una sonrisa boba en el rostro, tomo el camino hacia la salida, al tiempo que salía, uno de los asistentes pregunto

----doctor Pérez, considera un fracaso el experimento?

--- aun no doctor, esperaremos resultados en siguiente semana, tal vez solo sea un acomodo de ideas. Contestó Pérez pensativo.